

APUNTES SOBRE BALMES

SEGUNDA PARTE

LA FILOSOFÍA FUNDAMENTAL

III

El *sentido común ó instinto intelectual* es cosa muy discutida por los que se han ocupado en el estudio de las obras del pensador catalán. Algunos han juzgado que entendía por este criterio, ó como quiera llamarse, *una ciega inclinación de la naturaleza* en virtud de la cual asentimos á ciertas verdades sin apelar á ningún razonamiento anterior.

Considerado así, Balmes es en este punto seguidor de la escuela escocesa, la cual fincó en esta creencia instintiva el conocimiento de las verdades primeras. Pero otros han pensado que este instinto intelectual que tan eminente lugar ocupa en las obras de Balmes, no es otra cosa que una facultad compleja, compuesta de inteligencia y razón, merced á la cual percibimos, tanto las verdades evidentes por sí mismas, como las que sólo exigen un fácil raciocinio.

Si esta última opinión fuera cierta, y por el *ciego impulso de la naturaleza*, tantas veces repetido en la *Filosofía Fundamental*, sólo se quiere significar que el entendimiento, como toda facultad, tiene un objeto adecuado, la verdad, al cual tiende necesariamente, nada en rigor podríamos objetar; pero es más demostrable que no era de este modo como Balmes comprendía el instinto intelectual.

“Es notable, dice, que aparte los sentidos corporales, haya otro criterio llamado sentido común. *Sentido*: esta palabra excluye la reflexión, excluye todo raciocinio, toda combinación; nada de esto tiene cabida en el significado de la palabra *sentido*. Cuando sentimos, el espíritu más

bien se halla pasivo que activo; nada pone de sí propio, no da, recibe; no ejerce una acción, la sufre. Este análisis nos conduce á un resultado importante, cual es el separar del sentido común todo aquello en que el espíritu ejerce su actividad, y el fijar uno de los caracteres de este criterio, cual es el que con respecto á él *no hace más el entendimiento que someterse á una ley que siente, á una necesidad instintiva que no puede declinar*.

“*Común*: esta palabra excluye todo lo individual, é indica que el objeto del sentido común es general á todos los hombres” (1).

Según los apartes que acabamos de citar, pudiera creerse que el sentido común, en concepto de Balmes, no es una facultad distinta de la inteligencia: como ella, es general á todos los hombres. y como la inteligencia con respecto á las verdades inmediatas, nuestro entendimiento se somete á las verdades atestiguadas por el sentido común, por efecto de una ley, que siente, por una necesidad instintiva que no puede declinar. Esta ley, esta necesidad instintiva, no es otra cosa que el conato de toda facultad hacia su objeto.

Así creemos que habrán sido interpretadas las líneas de la *Filosofía Fundamental* citadas más arriba, por los que llevados quizás de una desmedida admiración al pensador de Vich, no han reparado bastante en que *necesidad instintiva* no fue en la mente de este autor jamás sinónimo de conato ó mero recurso para dar variedad al lenguaje. Tenía esto más hondas raíces. Se recordará que Balmes no concedía la evidencia sino á las verdades analíticas; y como las verdades morales, por ejemplo, no están incluidas en éstas, á pesar de que no podemos menos de darles nuestro asentimiento, hubo Balmes de recurrir al instinto intelectual para salir de una dificultad ineludible en su sistema.

(1) *Filosofía Fundamental*, t. I., l. I., cap. XXXII.

Crea también él que el sentido común tenía por objeto llenar alguna gran necesidad moral, intelectual ó física. Esta observación no parece muy exacta. Verdad de sentido común muy citada es que arrojando una multitud de caracteres de imprenta, jamás quedará formada una página de Virgilio; sin embargo, con el conocimiento de esta verdad no se llena necesidad alguna de los órdenes apuntados.

Con razón se ha dicho que admitir el instinto intelectual como Balmes quería, es dar á la ciencia un fundamento que nada tiene de racional. Reid, para combatir el escepticismo, ocurrió á este criterio *sui generis*, y en esto es digno de alabanza; pero es preciso convenir en que, lejos de alcanzar su intento, le abrió á él una fácil entrada, y su método psicológico ha servido de apoyo en mucho á la filosofía positivista.

Los filósofos católicos modernos han dado del sentido común una definición más exacta, merced á la cual se apartan de la escuela escocesa cuanto es necesario para no incurrir en los errores que de aquélla se derivan.

“El criterio de sentido común debe considerarse como resultante de la evidencia más ó menos aparente y manifiesta, pero real y efectiva, que existe en el objeto, y de la propensión innata del entendimiento á asentir á ciertas verdades. Podemos decir, por lo tanto, que este criterio incluye un elemento *racional*, que es la evidencia, y otro *instintivo ó natural*, que es la propensión indicada” (1).

IV

Pero quizás en el punto en que Balmes es acreedor á más serias censuras es en lo que respecta á la sensación. En esto no se apartó un ápice de Descartes. Ya sabemos que á este filósofo se debe la mayor parte de los errores que privan en las enseñanzas modernas. Al tocar á la esencia íntima de la sensación, al explorar este profundo

(1) Ceferino González, *Filosofía Elemental*, II.

arcano de nuestra naturaleza, sentó una teoría que ha conducido á dos opuestos y erróneos sistemas: el *idealismo* y el *sensualismo*. Según él, la sensación es un mero fenómeno subjetivo; por ella estamos ciertos de lo que pasa en nosotros, nada sabemos de lo que hay fuera de nosotros; el raciocinio es lo que nos advierte que hay algo aparte de nuestro propio sér.

Esta teoría no es nueva, lo que no debe admirarnos, porque el reformador francés, aunque trataba de no buscar más ciencia que la que podía encontrar en sí mismo y en la naturaleza, expone como suyas aun muchas doctrinas que con la filosofía griega habían pasado para siempre. Demócrito y Leucipo, en efecto, fundándose en la doctrina de los átomos, habían deducido que la única propiedad real de los cuerpos es la extensión, y el tacto el más importante de todos los sentidos.

Vino después Locke, y siguiendo á Descartes, dividió las cualidades de los cuerpos en *primarias* y *secundarias*. Entre las primeras figura la extensión; entre las segundas, color, sonido, etc.; aquéllas son reales, éstas meras modificaciones de nosotros mismos. Por último, Hume y Berkeley negaron también la objetividad á las cualidades primarias, y unos y otros redujeron los cuerpos á sólo una colección de sensaciones.

La escuela escocesa, espantada del escepticismo á que las enseñanzas de Hume conducían, trató de reparar el mal; hizo un minucioso análisis de las cualidades de los cuerpos, é infirió de él que las primarias son algo real, y, como Locke, rechazó la objetividad de las secundarias. Hubo, en fin, otros filósofos que, aunque no llegaron á las extremas conclusiones de Berkeley y Fichte, con todo, ya que no tuvieron para nada en cuenta las explicaciones que sobre la sensación habían dado filósofos á la altura del doctor de Aquino, hubieron de seguir de un modo ú otro la doctrina cartesiana.

Leibnitz, que con ser pensador tan grande no pudo sustraerse á la influencia del reformador de La Haya, para

explicar la mutua influencia del alma y el cuerpo, una vez que para él la sensación era también un mero fenómeno subjetivo, recurrió á la *armonía preestablecida*, en virtud de la cual, obrando la una y el otro por separado, á los movimientos del alma corresponden ciertos movimientos del cuerpo, ni más ni menos que como dos relojes que un diestro artífice hubiese puesto tan de acuerdo, que en todos los momentos de la duración coincidieran.

El mismo problema se presentó á la mente de Malebranche, y sin apartarse de su maestro, para no dejarlo sin explicación, acudió á lo que se ha llamado el *ocasionalismo*, esto es, al sistema según el cual Dios hace que en el alma se verifiquen ciertas movimientos con ocasión de otros que se verifican en el cuerpo, y viceversa.

Por esta breve reseña fácilmente se comprende que la teoría de Descartes sobre la sensación sólo ha dado origen á hermosos sueños que, como tales, á nada han conducido en el terreno científico, y ha sido bastante á extraviar á muchos hombres de genio como Leibnitz y Malebranche. Nada, pues, tiene de extraño que Balmes también hubiera seguido el camino por que anduvieron los dos últimos grandes hombres que hemos citado.

“La sensación considerada en sí, dice Balmes, es una mera afección interior, pero va casi siempre acompañada de un juicio más ó menos explícito, más ó menos notado por el mismo que siente y juzga.

“¿En qué consiste la sensación? ¿Cuál es su naturaleza? Sólo sabemos que es una modificación de nuestro sér, y nos es imposible explicarla” (1).

“La sensación.... considerada en sí no atestigua; es un hecho que pasa en nuestra alma; si efectivamente ha habido acción de un objeto externo sobre nuestros órganos, y si este objeto es tal como parece, no le toca el discernirlo á ella que es una afección de nuestro sér, un hecho simple, nada más” (2).

(1) *Fil. Fand.* l. II, c. I.

(2) *Ibid.*, l. II, c. I.

A menudo en el autor de la *Filosofía Fundamental* tropieza uno con frases como éstas, en que se palpa claramente su tendencia á negarle á la sensación el conocimiento que envuelve. Pero hay más todavía: con el problema de la sensación está enlazado otro, no de menos importancia, el de la existencia de los cuerpos; entre uno y otro hay tal paralelismo, que la solución del uno ha de marchar en armonía con la del otro. Con Descartes tendremos por término el *idealismo*; con el doctor Angélico habremos de alcanzar un resultado totalmente contrario.

No pensó Balmes que medía bien la dificultad, en imaginar como otros, una extraña teoría para explicar cómo llegamos á estar ciertos de la existencia de los cuerpos, negándole á la sensación el carácter que tiene de conocimiento; las consecuencias de Fichte y Berkeley le parecían verdaderas locuras; el sistema de Malebranche, si bien producto de un genio sublime, no era de su agrado; á Leibnitz le concedía mucho más, pero sin admitir en un todo su teoría; el filósofo español como que buscaba un apoyo más sólido en qué hacer reposar la demostración de esta verdad. Veía con la clarísima luz de su entendimiento cuán grave era aun poner en duda la existencia del mundo exterior, anhelaba establecerla firmemente, pero la escuela cartesiana le oprimía con sus férreos anillos, y en vano trató de evitar la muy severa nota de *idealista* con que algunos le han calificado.

Para poner á salvo de los ataques del escepticismo la existencia de los cuerpos, halló una poderosa valla en el *sentido común*, maravilloso instinto que nos advierte de la verdadera correspondencia entre el mundo ideal y el mundo exterior, aun antes de que en esta verdad nos confirme el raciocinio.

Y es que para Balmes los fenómenos objetivos son los únicos de que tenemos absoluta certeza; y sólo una conveniente inclinación de la naturaleza nos hace creer ese vasto conjunto de seres que se desarrolla fuera del yo. Probar,

como Balmes, la existencia de los cuerpos con ayuda del raciocinio, á más de la grandísima dificultad de esta prueba, es permitir que por un instante oscurezca una ligera sombra de incertidumbre una verdad que, como él mismo lo dice, para el común de los hombres está fuera de toda duda.

Una profunda desconfianza del valor que á la sensación se concede para darnos cuenta de todo lo que existe fuera de este mundo ideal de nuestro propio espíritu, circula, como la sangre en las venas, al través del armónico cuerpo de las obras de Balmes; tan hondamente había meditado en los más leves movimientos del *yo*, que sin salir de él, como cuando demuestra la objetividad de las ideas, señala objeto conocido y sujeto que conoce, guiándonos con la brillante luz de su genio por en medio de los oscuros y silenciosos arcanos de la conciencia. No se sabe hasta qué punto la duda filosófica, hermosa y serena, que en vez de anublar ilumina la frente de los sabios, coincidía en él con esa especie de duda sistemática proveniente de la doctrina cartesiana sobre la sensación; pero es lo cierto que esa incertidumbre antes gusta que desagrada, porque á Balmes lo pone á cubierto de toda sospecha su vivo amor á la religión católica, ante cuyos misterios siempre dobló la frente el santo presbítero español.

“El Autor de la naturaleza, dice, nos ha dado el suficiente conocimiento para acudir á nuestras necesidades físicas y morales, otorgándonos el de las aplicaciones y usos que para este efecto pueden tener los objetos que nos rodean; pero se ha complacido al parecer en ocultar lo demás, como si hubiese querido ejercitar el humano ingenio durante nuestra mansión en la tierra, y sorprender agradablemente el espíritu al llegar á las regiones que le aguardan más allá del sepulcro, desplegando á nuestros ojos el inefable espectáculo de la naturaleza sin velo.

“Conocemos muchas propiedades y aplicaciones de la luz, pero ignoramos su esencia; conocemos el modo de di-

rigir y fomentar la vegetación, pero sabemos muy poco sobre sus arcanos; *conocemos el modo de servirnos de nuestros sentidos, de conservarlos y ayudarlos, pero se nos ocultan los misterios de la sensación*; conocemos lo que es saludable ó nocivo á nuestro cuerpo, pero en la mayor parte de los casos nada sabemos sobre la manera particular con que nos aprovecha ó daña. ¿Qué más? Calculamos continuamente el tiempo, y la metafísica no ha podido aclarar bien lo que es el tiempo; existe la geometría, y llevada á un grado admirable de perfección, y su idea fundamental, la extensión, está todavía sin comprender. Todos moramos en el espacio, todo el universo está en él, le sujetamos á riguroso cálculo y medida, y ni la metafísica ni la ideología han podido decirnos aún en qué consiste; si es algo distinto de los cuerpos, si es solamente una idea, si tiene naturaleza propia, no sabemos si es un sér ó nada. Pensamos y no comprendemos lo que es el pensamiento; bullen en nuestro espíritu las ideas, é ignoramos lo que es una idea; nuestra cabeza es un magnífico teatro donde se representa el universo en todo su esplendor, variedad y hermosura; donde una fuerza incomprensible crea á nuestro espíritu mundos fantásticos, ora bellos, ora sublimes, ora extravagantes; y no sabemos lo que es la imaginación, ni lo que son aquellas prodigiosas escenas, ni cómo aparecen ó desaparecen” (1).

Comparado el modo como la Filosofía moderna considera la sensación con el concepto que de ella tenía el Angélico Doctor, salta á la vista la superioridad de éste sobre Descartes y sobre todos los que después le han seguido. De tal modo traza el Santo Doctor honda línea divisoria entre los sentidos y la inteligencia, que en su doctrina nada hay que favorezca al sensualismo, como algunos lo han imaginado, y al propio tiempo concede á los sentidos lo bastante para evitar extravíos como los de Fichte y

(1) *El Criterio*, cap. XII.

Berkeley. Al paso que Kant, por ejemplo, subordina los objetos al sujeto cognoscente, la Filosofía escolástica subordina el sujeto cognoscente á los objetos. Son éstos los que sacan á la facultad sensitiva de la pasividad ó indiferencia en que se encuentra, y por medio de la unión mediata ó inmediata con su objeto determinan el *conocimiento*, que es el punto capital en la Filosofía tomista. Armonizando admirablemente el elemento psicológico con el fisiológico, si mirada por el primer aspecto, es la sensación inmanente, una é indivisible, y el alma el sujeto de ella; por el segundo la sensación consiste en una inmutación orgánica, en la transmisión de ésta al cerebro por las fibras y nervios, y por último, en la reacción de aquél sobre los órganos sensorios.

“.... A pesar de cuanto se ha hablado sobre la ignorancia y errores de los escolásticos, en orden á la naturaleza de la sensación, dice el Cardenal González, Santo Tomás había formado sobre este punto ideas en nada inferiores á las de la Filosofía moderna, explicando como ella la sensación por la percepción interna de la impresión producida en los sentidos. Si hay alguna diferencia, consiste sólo en que la Filosofía moderna considera la sensación como meramente subjetiva; mientras Santo Tomás, concediendo esta subjetividad á la sensación en cuanto importa simplemente la acción del alma y la percepción de la impresión interna, la considera al mismo tiempo como objetiva, en cuanto sirve para representar al alma varias modificaciones de los objetos externos, y sobre todo en cuanto, mediante ella, se pone en comunicación con los cuerpos exteriores, como objetos de conocimiento” (1).

V

No daremos fin á este nuestro humilde trabajo sin considerar á la ligera el concepto que Balmes tenía sobre el entendimiento agente y la distinción entre la esencia y la

(1) Ceferino González, *Estudios sobre Santo Tomás*, t. III.

existencia, dos cuestiones sobre las cuales no coincidió en un todo con la Filosofía del Angélico Doctor, con ser éste su guía en casi todas las materias.

El entendimiento agente es una de tantas nociones escolásticas, que por no ser comprendidas por la Filosofía moderna, ha dado ocasión, cuando nó al ridículo, á un sinnúmero de falsas opiniones. Suelen, bajo el lenguaje rudo de la Escuela, ocultarse importantísimas verdades, y el que no sepa leer entre renglones y tome *ad pedem litterae* algunos de los términos, está expuesto á equivocarse con mucha frecuencia.

Si bien la teoría sobre el entendimiento agente se debe á Aristóteles, el Angélico Doctor, en su noble afán de cristianizar la doctrina del Estagirita, puso, por decirlo así, la mano sobre ese concepto, y á la manera que Fray Luis de León con las odas de Horacio, convirtió la idea del investigador pagano en una sublime idea cristiana.

El entendimiento agente era simplemente para Aristóteles esa maravillosa facultad que se apodera de las imágenes sensibles y las hace inteligibles en acto, permitiendo así que el espíritu se ponga en relación con las cosas exteriores, las cuales, iluminadas con la fecundante luz de lo universal, *ipso facto* se hacen objeto de la ciencia.

El Santo Doctor, no contento con enseñar la existencia y necesidad del entendimiento agente, quiso buscarle un alto origen, y al efecto pensó que esta poderosa actividad proviene de Dios. Para él, pues, el entendimiento agente es una fuerza derivada de la divina inteligencia, merced á la cual se esclarecen las imágenes sensibles. *Virtus derivata a superiori intellectu, per quam possint phantasmata illustrari*. Llámalo también participación de la luz increada, impresión de la luz divina en nosotros, y le prodiga muchas expresiones análogas.

Desígnese como se quiera esta facultad, denomínese poder de generalizar ó de abstraer, ello es cierto que con uno ú otro nombre siempre habrá que concebir en el espí-

ritu eso que los escolásticos llamaron entendimiento agente. Donde aparece con más evidencia la necesidad de admitir esta teoría es en el examen del origen de nuestros conocimientos. Si se rechaza esta actividad intelectual, es forzoso aceptar ó la doctrina de las ideas innatas ó la de la sensación transformada. En el primer caso el espíritu no será activo sino pasivo, al propio tiempo que el idealismo se presentará como una lógica consecuencia, y en el segundo entre los sentidos y el entendimiento no habrá una diferencia real sino de grado.

Balmes en este punto, como en muchos otros, sin ponerse en abierta contradicción con la teoría escolástica, no la abraza del todo, y apenas con cierta timidez insinúa que esta invención más bien que ridícula debiera llamarse poética, y antes merece el título de ingeniosa que extravagante.

“Pero lo que hay en ella más notable, continúa, es que envuelve un sentido profundamente filosófico, ya porque consigna un hecho ideológico de la mayor importancia, ya también porque indica el verdadero camino para explicar los fenómenos de la inteligencia en sus relaciones con el mundo sensible. El hecho consignado es la diferencia entre las representaciones sensibles y las ideas puras, aun con respecto á los objetos materiales. La indicación del verdadero camino consiste en presentar la actividad intelectual, obrando sobre las especies sensibles y convirtiéndolas en aliento del espíritu.

“Quítese á la explicación de las escuelas la parte poética, y véase si lo que en ella se envuelve vale tanto por lo menos, como lo dicho por Kant al combatir el sensualismo, distinguiendo entre las intuiciones sensibles y el entendimiento puro” (1).

Balmes había estudiado á fondo las obras del Angélico Doctor; su vivaz inteligencia le permitía abarcar con

(1) *Fil. Fund.*, t. II, lib. IV, cap. VII.

suma facilidad la trabazón del elevado sistema ideológico tomista; había seguido paso á paso la enseñanza de las escuelas en lo tocante al desarrollo de la actividad intelectual, y así no se concibe cómo pudo encontrar en el entendimiento agente sólo una concepción poética é ingeniosa. Cuando uno lee las páginas que Balmes destinó al análisis de las ideas, se convence cada vez más, que para entrar en combate con los partidarios de las ideas innatas, templó sus armas en el fuego de la filosofía del Doctor de Aquino: ella es la que le da energía para salir triunfante, y si bien el doctor español le añadió hermoso y brillante desarrollo, todo, en cierto modo, estaba dicho ya por el santo monje del siglo XIII. Pero lo que más llama la atención es que obligado por la misma fuerza de la verdad, á las pocas páginas, aunque en otras palabras, reconoce que es necesario admitir la noción filosófica en que antes sólo hallaba ingenio y poesía. “Es verdad, dice, que en tal caso será preciso reconocer en el espíritu una facultad productiva de las especies representativas; de lo que tampoco nos eximiríamos identificando las ideas con las percepciones” (1)

LUIS MARÍA MORA

(Continuará).

CRONICA DEL COLEGIO

LA FIESTA DE OCTUBRE

Con pompa inusitada pero también con aquella sobriedad y compostura propia de todos los actos públicos del Colegio, celebróse este año la clásica fiesta de la Bordadita, en la cual los superiores y alumnos muestran su amor y veneración por nuestra augusta Patrona en su advocación santísima del Rosario.

Mas como complemento de la fiesta religiosa, hubo ese día algo más que llenó nuestros corazones de regocijo

(1) *Fil. Fund.*, lib. IV, cap. XXX.